

# *Ser político en el mundo actual*

MANUEL FRAGA\*

**V**oy a cumplir, en noviembre, 80 años. Soy el Decano, es decir, el más antiguo de los políticos españoles en activo. He sido profesor de Ciencia Política durante varios años, y uno de los fundadores de la Facultad de Ciencias Políticas, en la Universidad de Madrid. He viajado por gran parte del mundo, y fui Embajador en Londres, pudiendo observar allí uno de los modelos reconocidos de una política estable y civilizada, así como de una administración pública eficiente.

Me ha tocado vivir, sin participar en ella (tenía 13 años, en 1936) la última guerra civil de mi país; he sido dos veces Ministro (primero, de Información y Turismo; después, de la Gobernación, que hoy se denomina Interior). Participé de modo muy activo en nuestra última transición política, a partir de 1975; fui uno de los redactores de la actual Constitución de España; fundé un Partido que, después de diversas incorporaciones y relevos generacionales, es actualmente el Partido Popular de España, y la fuerza mayoritaria del país. Establecido un sistema de amplia autonomía para las

\* Presidente de la Junta de Galicia.

regiones (17 en España), regresé a mi región natal, Galicia, en el Noroeste de la Península Ibérica, donde soy Presidente Regional del Partido Popular, y Presidente (por cuarta vez, con mayoría absoluta) del Gobierno autónomo regional.

En definitiva, he analizado como Teórico, y he vivido en la práctica, todos los problemas y dificultades de la vida política; todo ello en un mundo cambiante, fin de siglo e incluso de milenio desde esa experiencia (que, por supuesto, no ha estado exenta de errores y de fracasos), voy a intentar responder a la pregunta que se me ha formulado, sobre qué es ser político en el mundo actual.

Voy a intentar hacerlo, plenamente consciente de la dificultad del empeño, aceptando de antemano la gran probabilidad de defraudar su atención.

Para algunos, el político es un personaje aprovechado, interesado, hipócrita, que promete más de lo que puede cumplir, que usa la retórica para engañar al electorado, que es propicio a la corrupción y al engaño.

Es frecuente la distinción entre el verdadero hombre de Estado, capaz de pensar alto, sentir hondo y hablar claro; una persona de profundas convicciones y arraigado sentido ético, para diferenciarlo del político vulgar, que sólo busca el éxito inmediato, que defiende intereses poco claros e incluso manifiestamente egoístas o inmorales, y que, por lo mismo, merece poca o ninguna confianza y respeto.

La verdad es que de todo hay en la vida política real, pero que, eludiendo el mundo de la utopía y de la perfección absoluta, en la actividad política, como en cualquiera otra, los hombres y las mujeres actúan como en el resto de la vida en este mundo, con sus virtudes y con sus defectos. Político es el que hace de la política, del juego del poder y de la administración pública, su dedicación principal o incluso única; y ello independientemente de sus éxitos o de sus fracasos, de sus momentos de clarividencia o de estupidez, de sus deseos de altura moral o de sus debilidades ante la tentación. La política exige que alguien explique los proyectos al público, y que pueda llegar a acuerdos y compromisos con los diversos sectores de opinión y de intereses. Ese es el papel del político: formar mayorías de gobierno y aceptar concesiones ante las minorías disidentes.

Es obvio que el político desea triunfar, por convicción en sus propias ideas y propuestas, y también por un legítimo orgullo de ser el mejor, al servicio del pueblo; ello supone aceptar cambiar la posibilidad de fracasar, y aceptando definitiva y patrióticamente, como lo hizo Coriolano en Roma. Es obvio que el verdadero triunfo deriva del nivel y la importancia de los servicios que se logran para la mayoría, para el conjunto de la sociedad; esos son los políticos que logran un respeto duradero. Por desgracia, no faltan malos políticos que procuran ventajas para ellos mismos, para su familia, para sus amigos, para grupos determinados de intereses; e incluso hay que admitir que, en algunos casos, hay que hacer concesiones a algunos grupos influyentes, para poder realizar acciones que interesan a la mayoría; porque nada, o muy poco, se puede conseguir sin la ayuda de otros, sin crear organizaciones numerosas, sin medios económicos, sin el apoyo de grupos diversos, no todos los cuales son desinteresados; pero lo importante es el resultado final.

¿Qué es lo que debe hacer un político? En primer lugar, intentar establecer y mantener un orden social aceptable.

Este es un milagro permanente; no hay pastores divinos, como ya señaló Platón; un hombre (que es “poco más fuerte que otro”, como dijo Hobbes) ha de gobernar a otros; unos pocos a la gran mayoría. Durante milenios, el orden agrario facilitó las cosas; la tierra producía un orden social natural. Hoy no es así, y los cambios constantes en la Tecnología y los métodos de producción, unidos a la mayor complejidad de la vida urbana, y a la rápida difusión de los medios de comunicación, producen un orden social más complicado, más frágil y más inestable. Y dentro del ya establecido, hay que promover ideas, planes y programas para el bien común, de grupos humanos cada vez más numerosos y exigentes.

Los temas son ilimitados, si bien cabe destacar algunos de los más obvios e importantes. Hay que asegurar la seguridad básica, interior y exterior; es necesario establecer un orden de justicia, capaz de mediar en los inevitables conflictos sociales, evitando que lleven a soluciones violentas; hay que lograr un sistema económico, capaz de garantizar niveles mínimos de subsistencia, para todos; hay que garantizar servicios sociales que permitan una vida aceptable, lo que Aristóteles llamaba la “buena vida”; puntos clave son, evidentemente, la educación, la sanidad, la lucha contra la marginación, la defensa de una vida familiar digna.

El instrumento básico para conseguir todo ello es un sistema razonable de poderes públicos. La ordenación de los mismos, la Constitución, es una cuestión capital; en primer lugar, en cuanto a su legitimación, que hoy, en general, no puede ser otra que la democrática (en muy diversas formas), respetando por supuesto los casos de determinadas tradiciones culturales. La Constitución, por otra parte, ha de distribuir armónicamente los poderes (legislativo, ejecutivo, judicial, poderes territoriales) de forma que a la vez colaboren en lo esencial, y también se equilibren recíprocamente.

Siendo obvio, por otra parte, que en las grandes y complejas sociedades de nuestro tiempo es prácticamente imposible (como ya reconocieron los romanos) la democracia directa, es inevitable la creación de partidos políticos que coordinan el conjunto del sistema, a la vez que compiten entre sí, por su control e impulsión. Parece haber una “ley de bronce de las oligarquías”, es decir, de grupos que, contando con la adhesión y apoyo de las mayorías, respondan del financiamiento del sistema; en las que el político pueda actuar, ascender (o ser eliminado), permanecer y actuar, como la tripulación de un barco.

Asentado el sistema, hay que actuar dentro de él. Siempre el ideal ha de ser la vocación fundamental del político; siempre lo mejor ha de ser su objetivo último. La vida de los hombres, de las mujeres, de los niños, de los ancianos, de los enfermos, y cómo mejorarla, es lo que realmente nos obliga y nos motiva. Hay que ser realista, los medios son limitados, no se puede hacer todo al mismo tiempo; hay que optar, muchas veces, por el mal menor, si no se puede lograr inmediatamente el bien mejor, pero hay que contar con lo posible. Por ello, toda realidad política incluye la negociación, el acuerdo, el sacrificio de algo para lograr otra cosa más importante o más urgente. Por otra parte, hay también límites racionales y éticos a lo que se puede renunciar; hay líneas rojas que no se pueden atravesar. El fin puede justificar algunos medios, pero no todos. Este es el terreno real, difícil y a menudo resbaladizo de toda política. Siempre he creído en dos

principios básicos de la prudencia política: la doctrina aristotélica del “justo medio” (“mediotés”), huyendo de los extremos, y buscando lo posible; y, si hay que escoger, procurar que, por lo menos, se logre el mal menor.

En resumen, el político ha de ser un hombre con claros principios éticos; con vocación de servicio social; capaz de entenderse con la sociedad, en su conjunto; y llegar a ella de un modo natural. Los romanos hablaban del “vir bonus, discendi peritus”; es decir, el hombre bueno, capaz de expresarse.

Huelga decir la aumentada complejidad de este concepto, en nuestra sociedad mediática.

No es fácil ser político; siempre son más los problemas y las dificultades, que la capacidad para darles solución. Parafraseando un viejo refrán español, para ser político hay que tener algo de santo, algo de poeta, y algo de loco. La verdad es que todos tenemos algo de todo eso, pero la combinación y la proporción de los tres factores arroja resultados, a la vez humanos, demasiado humanos, y siempre difíciles.

Nos ha tocado vivir, además, una época de cambios sociales en un número, en una radicalidad y en una velocidad sin precedentes en la Historia.

En situaciones históricas precedentes, estos tiempos de cambio iban, en general, acompañados de motivaciones religiosas; el intento de reemplazarlos por movimientos ideológicos, normalmente acompañados de propuestas revolucionarias y tendencias totalitarias y opresoras, no parece haber mejorado la situación.

Hoy, después de breves intentos de reduccionismo y de “pensamiento único”, se vuelve a confrontaciones profundas, dispuestas a utilizar instrumentos tan poco justificados como el terrorismo, en todas sus formas. Ello aumenta, sin duda, la responsabilidad personal e histórica de los políticos.

Desde los filósofos chinos y los griegos, se buscan fórmulas para interpretar, dirigir y mejorar la acción política. Considero un acierto el ensayar el intercambio de experiencias, así como el de ideas, en un mundo cada vez, nos guste o no, más globalizado.

Por mi parte, no me arrepiento de haber aceptado y prolongado una vocación política; pero debo igualmente reconocer que no he aconsejado este duro camino a mis hijos, ni a los hijos de mis amigos. Es lo cierto que la Humanidad ha probado todas las fórmulas y todos los sistemas políticos, con diversa fortuna, y sigue intentando aclarar cómo se puede mejorar. Lo único cierto es que mientras haya hombres existirán sociedades humanas, y en ellas habrá política y por lo mismo políticos.

No quisiera que mis palabras sirvieran de desánimo para nadie, lo mismo en el terreno de la ciencia que en el de la práctica política. Sólo he querido llamar la atención sobre la especial responsabilidad que ello implica. Y, por supuesto, también la abstención es causa de responsabilidades.

Agradezco la oportunidad que se me ha ofrecido, y deseo a esta Casa, a quienes la dirigen, y a todos los amables oyentes, que perseveren en su espíritu de servir a la gran Rusia y a toda la Humanidad. Porque no es dudoso que Rusia habrá de tener siempre una especial importancia en los destinos de este mundo.

Resumen de la Conferencia ofrecida en el Seminario Federal de la Escuela de Estudios Políticos de Moscú.